



LOS NIÑOS BUENOS
VUELVEN A CASA

Tomás García Orihuela

LOS NIÑOS BUENOS
VUELVEN A CASA



Primera edición: julio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tomás García Orihuela

ISBN: 978-84-18828-52-2

ISBN digital: 978-84-18828-53-9

Depósito legal: M-21692-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Nani

PRIMERA PARTE

LA GUERRA

MATAR A LOS PERROS

Los ladridos no dejaban dormir a los niños envueltos en mantas grises dentro de la barraca que apestaba a humedad y sudor de adultos. El tormentoso sonido proveniente de las perreras los ponía nerviosos. Días atrás, se habrían calmado después de unos gritos y unos golpes a las rejas. Pero esa noche, aun gritándoles y disparando al aire, los perros seguían inquietos, furiosos.

Helmut Ritzen miraba a sus compañeros bajo las lámparas de gas que colgaban del techo. La luz chispeaba en los ojos de estos, que permanecían alerta y angustiados. Ya habían pasado la orden de dormir pero esperaban a que llegara el sargento líder de la sección.

Horas antes, cuando el ruido todavía era soportable, un teniente coronel de las SS había irrumpido en la barraca ordenando al sargento que callara a los perros; sus soldados se estaban impacientando, necesitaban dormir y lo mejor era que resolviera ese asunto antes de que decidiera hacerlo él mismo.

El sargento líder se había apartado de sus niños de las Juventudes Hitlerianas para solicitar asamblea con el general de más alto rango en el edificio del Estado Mayor, sin embargo, quince minutos después volvía solo.

—¡Ritzen, Müller! Tomen los diarios de campaña de la semana. Vamos a ver al *Generaloberst* —dijo el sargento.

No había terminado de dar la orden, cuando los dos chicos ya saltaban fuera de sus catres y se metían en sus uniformes. Ritzen

se ajustó su cuchillo y se dirigió con su compañero al archivo de la barraca.

—*Scharführer* Dinter, los archivos de la semana no están completos —advirtió Müller.

La voz de su comandante de diecisiete años, tajaba cualquier argumento y exigía velocidad. Los dos jóvenes se hicieron con las pesadas carpetas y siguieron a Dinter fuera de la barraca.

El frío nocturno los estremeció, al igual que los gruñidos, cada vez más potentes. Los soldados de turno maldecían a los animales y miraban con rabia a los muchachos.

—¿Por qué, de todos los campamentos del Frente Oriental, tienen que meter a los perros en este? —preguntó en voz alta uno de los soldados.

—Yo me pregunto qué hacen unos niños en un cuartel —argumentó su compañero.

Dinter prefirió guardar silencio aun teniendo mayor rango. Pasó de largo, omitiendo las preguntas que seguían haciéndose en voz alta. Había una clara diferencia entre las Juventudes Hitlerianas y el ejército regular.

La nieve derretida les hacía resbalar, la tierra estaba húmeda y muerta, solo la mala hierba crecía al borde de las barracas. Todo estaba oscuro a excepción de las pequeñas luces sobre las puertas de los edificios y los largos halos de luz de las baterías antiaéreas, que estaban escondidas en el bosque.

El edificio del Estado Mayor era un antiguo almacén, ahora desalojado ante la avalancha soviética, y destinado al uso del general del grupo de ejércitos, era el único edificio de piedra en el campamento. Dos guardias protegían la entrada; adentro, los soldados iban y venían de un lugar a otro atendiendo llamadas de radio y pasando órdenes.

—Esto es peor que un hospital de campaña —comentó Ritzen desconcertado.

Dinter los guio por los pasillos hasta conseguir unas escaleras que subían al nivel superior. Arriba, los soldados eran de menor rango y más jóvenes que él.

—Sturmann, ¿el despacho del General Schörner no estaba tras aquellas puertas?

—Se ha mudado al sótano. Ya sabe, las bombas... —explicó el cabo encogiéndose de hombros y siguiendo su camino sin saludar.

Los tres bajaron hasta dar con la pequeña oficina subterránea que antecedió al despacho del general. Un mayor los hizo esperar frente a su escritorio mientras terminaba la reunión del general coronel con los generales de división.

Ritzen y Müller se sentaron junto a Dinter, con sus carpetas sobre las piernas. El mayor se ocupaba de atender el teléfono, tomar notas en una agenda y despachar órdenes a un equipo de operadores de radio que entraban cada minuto a la pequeña oficina.

Las piernas de Ritzen temblaban inquietas ante la perspectiva de conocer al «General Sanguinario», mote que utilizaban los soldados para referirse a aquel hombre. Los gritos se colaban desde la delgada puerta de madera del despacho. Escuchaba la voz estridente de un hombre ordenarle a sus subalternos que no perdieran las cabezas de puente del Frente Oriental, alegando que ya habían perdido Hungría y todos los Balcanes. Los generales le pedían refuerzos, comida, abrigo y municiones para poder mantener la línea del frente. El general estalló en gritos y maldiciones, exigiéndoles que no cedieran y que batallaran con lo que tenían.

—Recuerde, debe disparar a cada soldado que eche un pie atrás. Ganaremos esta guerra solo si nuestros soldados temen más a sus oficiales que al enemigo —advirtió la voz del general desde el despacho.

Dos hombres salieron de aquel pequeño cuarto y uno de ellos lanzó una mirada indescriptible a los niños. Ritzen creyó ver un asomo de lástima, pero no estaba del todo seguro. El mayor entró al despacho con dos leves golpes a la puerta.

—Señor, el *Scharführer* de las *Hitlerjugend* está aquí.

Desde las sillas de espera pudieron escuchar el suspiro del hombre.

—¡El manco Axmann tenía que regar a los condenados niños por todo el Reich! Si el coronel estuviera aquí se habría encargado

de este asunto, pero no, ¡debo lidiar yo con estos niños! Hágalos pasar para zanjar este tema de una vez por todas.

El mayor les hizo señas a los tres jóvenes que enseguida se pusieron de pie y entraron a la habitación. Saludaron alzando su brazo derecho hacia el general, al tiempo que unían sus talones con un golpe seco. El hombre subió la mano al hombro con modorra y apoyó los codos sobre el escritorio. Tenía la cara grande, la frente amplia y las mejillas gordas y brillantes. Unos anteojos redondos se sostenían sobre un tabique muy fino y se ajustaban sobre unas orejas casi puntiagudas.

Sobre la pared de piedra, a un lado del escritorio, se apoyaba el teniente coronel de las SS, quien parecía divertido con todo el asunto. Ritzen sospechaba que aquel hombre quería ver con depravación cómo el joven sargento solucionaba su dilema.

—¿Qué hacemos con los perros? —preguntó el general.

—Señor, hace tres semanas dejamos de recibir comida para ellos, era mi tarea distribuirla para que los jóvenes los alimentaran, pero el camión dejó de venir. Empezamos a darles sobras del comedor, las raciones han bajado y ya no tenemos qué darles. Están hambrientos —informó Dinter.

—Ya sé que están hambrientos, *Scharführer*. ¿Cree que no me doy cuenta o, peor aún, que estoy sordo? —increpó dando un golpe sobre la mesa. Un pequeño busto del *Führer* tembló por un momento.

—Hasta aquí abajo podemos escucharlos... —comentó divertido el teniente coronel de las SS.

El despacho solo tenía una puerta y todo estaba recubierto de piedras, parecía ser una bodega de vinos por las estanterías que se adherían a una de las paredes, en lugar de botellas se organizaban cajas, papeles y mapas. A Ritzen le parecía un lugar claustrofóbico, pero también comprendía porqué el general había escogido ese húmedo lugar como su despacho.

—Perdone *Generaloberst*... Los demás soldados y las *Hitlerjugend* que duermen en las barracas cercanas a las perreras no pueden

descansar y sabemos que el reposo de las tropas es necesario, por eso venimos a pedirle comida para los animales —el teniente coronel dejó escapar una risa, pero Dinter continuó—. Aquí tenemos los diarios de las *Hitlerjugend*, un escuadrón está en las baterías sur y otro en las baterías oeste en estos momentos. Durante la noche los jóvenes se han estado alternando las guardias de las baterías antiaéreas como ordenó, y han estado ayudando en las otras tareas que...

—¡Comida para perros! —dijo el general riendo y luego miró al SS—. ¿Qué te parece Manfred?

El teniente coronel negaba para sus adentros y sonreía con una mandíbula cuadrada que parecía poder masticar tubos de hierro. Dinter tragó saliva y cerró los ojos, cogiendo aire mientras trataba de controlar su respiración que empezaba a agitarse un poco.

—*Generaloberst*, sé que no hay comida. Por el bien de los animales y el descanso de las tropas, le pedimos que sus radio operadores llamen a por...

—Vaya, vaya... le gusta hablar de más *Scharführer*, ¿eh? —le cortó el teniente coronel de las SS.

—*Scharführer*, ¿cree que de haber comida para los animales en alguna condenada ciudad cercana, no la habría pedido ya? —expuso primero sutilmente el general y luego estalló con otro golpe sobre el escritorio—. ¡Estamos en guerra! ¿Qué no lo ve? No hay comida para los hombres, no hay comida para llevar al frente, no hay comida para ustedes... ¡Mierda! ¿Y quiere comida para los perros?

Dinter bajó la cabeza. Ritzen se estremecía con cada grito, no podía ver a Müller, pero se imaginaba cómo estaría.

—*Generaloberst*, perdone, pero yo...

—¡Cállate!, a ver si me dejas pensar sobre qué hacer con estos malditos animales.

El general se reclinó en su asiento, poniendo una mano sobre su costado y apoyando la barbilla sobre el pecho mientras respiraba para dejar pasar el ataque de cólera. Pasaron largos segundos hasta que su rostro dejó el rojo para volver al blanco pálido, su respiración tardó en calmarse.

—Podemos dejarlos morir... —propuso sopesando la idea, casi con agrado.

Los ojos de Ritzen se desbordaban. Dinter intervino, incrédulo ante lo que escuchaba, contrario a toda la educación que había recibido desde niño dentro de las Juventudes.

—Perdone, *Generaloberst*, pero... el *Führer* estaría contrariado, él siempre ha sido devoto a estos animales...

—El *Führer*... —interrumpió el general— está durmiendo cómodamente en Berlín. Aquí estamos en el frente y aquí soy yo quien debe solucionar los problemas. Si escucho algún otro comentario contrariándome o de insubordinación le haré callar de una buena vez, *Scharführer*. ¿Quiere perder los rangos que se ha ganado?

—Lo siento, *Generaloberst* —se disculpó Dinter, la visera de su gorra le tapaba los ojos.

—Dejarlos morir significaría más ladridos, sería cruel incluso para con los animales —objetó el teniente coronel que estaba presente.

—¿Qué propones entonces, Manfred?

—Matar a los perros, ¿cuántos son? —los niños no salían de su asombro, no respondían, Ritzen tuvo la extraña sensación de que su cuchillo pesaba más de lo normal—. ¿Cincuenta? Podríamos permitirnos algunas balas de bajo calibre...

—No quiero despertar a las tropas para eso.

—No tendrá que hacerlo, los niños se encargarán. ¿Los perros son su responsabilidad, no es así?

Con ese comentario, Ritzen descubrió la verdadera maldad en aquel hombre, una crueldad que en sus palabras emergía con gozo, más allá de cualquier dureza que pueda dar la guerra a un hombre aquella situación le producía un placer intimidante. Los trece años de Ritzen no le bastaban para saber lo que era un sádico.

El general sopesó la idea por un rato, la propuesta parecía ser un poco fuerte, incluso para sus estándares. Una nariz húmeda sonó junto a Ritzen, que no se atrevía a mirar a Müller, aunque sabía que su compañero hacía lo imposible por no llorar.

Ellos formaban parte de una de las Divisiones Caninas. Ase-
sinar a sus mascotas era acabar con el significado de su sección.
Cada niño en ese grupo había recibido un perro años atrás, cada
uno tenía la responsabilidad de alimentarlo, entrenarlo y cuidarlo.
Así lo hicieron por casi tres años, ahora el teniente coronel pedía
que les dispararan. Era abominable.

Durante esos segundos en los que el general decidía qué hacer
con ellos, los ojos de Ritzen se mojaban, pero no parpadeaba y
estaba decidido a no llorar, mucho menos ante el Estado Mayor
del Frente Oriental.

—¡Esa puede ser la solución! —concluyó finalmente, mirando
con desprecio a Müller que lloraba en silencio—. Esta es la mejor
manera de hacer de estos niños unos verdaderos hombres, solda-
dos fuertes de su patria.

—No, por favor —suplicó Müller en un susurro casi inaudible.

—*Oberrottenführer* Müller, ¡guarde silencio! —gritó Dinter con la
respiración agitada y la voz quebrada.

El teniente coronel parecía asqueado. Ritzen se aferraba de las
carpetas para no llorar, le dolían los dedos.

—*Generaloberst*, pido permiso para despachar al *Oberrottenführer*
—el hombre asintió rascando la parte interna de sus dientes con
su lengua—. ¡*Oberrottenführer* Müller, abandone el despacho en este
momento y espere fuera!

Ritzen pudo ver la cara roja y bañada en lágrimas de su compa-
ñero cuando hizo la maniobra de despedida y se dio la vuelta para
dejar la oficina.

—¡Major! —llamó el líder. Su secretario no tardó en aparecer
bajo el umbral de la puerta-. Redacte ahora mismo un permiso
para el *Scharführer* Dinter, permitiéndole entrar en la armería y co-
ger cincuenta *walthers*. Y, por favor, pida al escuadrón que esté de
guardia esta noche, que sirva para algo y ocupe las baterías.

—Sí, Señor.

—*Scharführer*, reúna a toda su sección, coja las armas y lleve a
todos los perros al bosque, lejos de las barracas. No quiero que mis

hombres escuchen los disparos y se alarmen. Mátenlos y cavén una fosa para ellos... —ordenó con un deje de satisfacción—. ¡Problema solucionado!, ya casi es media noche y todos necesitamos dormir —indicó dando golpecitos a su reloj.

Ritzen y Dinter permanecieron en silencio y firmes por unos segundos, sin creer la orden que acababan de escuchar.

—¿Qué esperan? ¡Fuera! —ordenó el general, mientras el teniente coronel de las SS los miraba complacido.

Los muchachos se dieron la vuelta y abandonaron el despacho. El mayor terminó de mecanografiar y sellar un papel que entregó al sargento sin quitarle los ojos de encima, su expresión era una mezcla de aturdimiento y lástima.

Ritzen finalmente abandonó aquel edificio donde todos eran más altos que él, como mucho llegaba a los hombros del más bajo de los soldados. Se sentía pequeño y menos hombre que cualquiera, tenía miedo de la orden que les acababan de impartir.

Afuera seguían los ladridos pero ya no les eran tan desesperantes, aunque parecían más penetrantes. Müller los esperaba a un lado, se había apartado de la luz de la puerta para que nadie viera su humedecido rostro.

—¡*Oberrottenführer* Müller, qué sea esta la última vez que empieza a llorar frente a un *Generaloberst!*, hace ver a nuestra sección como una partida de bebés —gritó Dinter muy cerca del gorro de Müller, este asintió en silencio mientras calmaba sus sollozos—. Deme esa carpeta y vaya a las baterías, llame a los escuadrones, nos encontraremos en la armería —el chico salió corriendo—. *Oberrottenführer* Ritzen, despierte a todos en las barracas y llévelos al arsenal, ¡AHORA!

El temple de Dinter era admirable. Ritzen sabía que su líder de sección no quería hacer aquello pero así se lo habían ordenado y no iba a desacatar una orden directa del general.

El chico corrió por la base nocturna en medio de los ladridos. Estaba nervioso, no sabía si informar a toda la sección de aquella orden. El sargento Dinter no había aclarado ese punto; sin embargo, cuando entró y lo vieron solo, todos levantaron la cabeza.

—¡A levantarse y ponerse el uniforme ya! ¡Es una orden! —gritó Ritzen.

Sus miradas estaban llenas de duda, como si ya conocieran la orden del general Schörner. Él mismo estaba lleno de miedo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Peter Bräu a Ritzen, mientras se ponía la cazadora.

—Dinter quiere que nos reunamos en el arsenal.

—¿Para qué? —cuestionó Bräu.

—No haga preguntas, *Rottenführer* —dijo Ritzen lo más firme que pudo.

El muchacho no lo comprendía, eran amigos y la reacción de Ritzen parecía desmedida y molesta, si hubiese sido otro chico de menor rango habría sido comprensible. Pero en vista de que su rostro no se aflojaba, terminó de vestirse al igual que los demás.

*

Unos minutos más tarde se reunían junto con el sargento y uno de los escuadrones que habían designado a las baterías. Todos se preguntaban qué ocurría, esperando por las órdenes de Dinter que estaba a las puertas del arsenal con las manos dentro del abrigo exhalando vapor. Ritzen vio como Müller llegaba corriendo junto con el escuadrón de las baterías este. El cabo estaba exhausto.

—¿Por qué nos sacan de nuestra guardia? —preguntó el cabo Pistol con su soez voz, era uno de los niños más altos y fornidos de la sección.

—¡HITLERJUGEND! —gritó Dinter cuando todos los niños estuvieron reunidos frente a él—. El *Generaloberst* ha ordenado que disparemos a los perros. Así que cogerán una *walthor* y un cargador del arsenal; también lleven consigo una pala de campaña. Partiremos a los lindes del campamento.

Las Juventudes no se creían aquella orden, algunos soltaron unos bufidos de incredulidad, pero rápidamente los cabos les pidieron silencio. Incluso los guardias de la armería del ejército regu-

lar parecían incapaces de creer aquello, pero ya les habían entregado la autorización del Estado Mayor.

Cada uno cogió una pistola negra de cañón corto y un cargador. Ritzen no había olvidado lo pesadas que eran aquellas armas, sin embargo, en ese momento sentía que no podía cargarla. El arma, o quizás la terrible orden que les habían dictado, hacía que su hombro colgara sin fuerzas mientras caminaba fuera del almacén de armamento.

Las perreras eran una serie de jaulas con delgadas rejas dispuestas una al lado de la otra. Los canes ladraban furiosos, era el sonido de unas bestias poseídas por la locura del hambre. Cada ladrido ponía más nerviosos a los niños a medida que se acercaban a estas.

—Aproxímense a sus perros, dejen que los huelan, luego cojan la correa de su animal y sujételo firmemente —fueron las palabras de instrucción de Dinter.

El sargento fue el primero en aproximarse hacia su perro, el más viejo de todos, para dar el ejemplo.

La mascota de Ritzen, *Wuppi*, se calmó apenas reconoció a su amo, esto hizo su tarea aún más difícil. Ponía las patas sobre la puertecilla de la jaula y lo olía desesperado en busca de comida. Ritzen no quería dispararle, pero si tenía que hacerlo ese sería el mejor momento, no quería compartir con él, engañarlo y pasearlo por el bosque haciéndole creer que le daría de comer para después matarlo. Era su amigo, tenían tres años juntos, lo había llamado *Wuppi* por el río Wuppertal que pasaba cerca de su casa en Solingen.

A los niños les tomó varios minutos calmarlos, sacarlos de las jaulas y colocar los collares sobre sus peludos cuellos.

—¡Finalmente, saquen a esos condenados animales de aquí! —dijo uno de los soldados que los veía salir del campamento.

—¡Háganse hombres y mátenlos! —gritó otro uniformado al ver salir a los chicos con pistolas en sus manos.

El sargento Dinter los llevó a través del oscuro bosque, mientras los animales ladraban y gruñían entre sí. A Ritzen no le gustaba la opacidad del bosque, le parecía amenazante, pero en ese momento

solo pensaba en *Wuppi*. Marcharon por una hora, alejándose lo suficiente del campamento. Esa noche no hubo canciones ni himnos mientras caminaban con sus perros sujetos por las correas.

Ritzen estaba cansado de caminar, necesitaba dormir, y no sabía hasta dónde planeaba llevarlos Dinter. La arboleda invernal era aterradora y ya estaban lo suficientemente lejos como para que los disparos de sus armas no se escucharan en el campamento militar.

—Oye «cerdo», ¿quién dio la orden de dispararles? —preguntó Pistol en voz baja a Ritzen, pero este estaba sumido en los recuerdos que tenía de su mascota—. ¿Estás sordo, pedazo de mierda?

—El *Generaloberst* —respondió Ritzen sin ánimo, tratando de evitar cualquier conversación con aquel detestable chico con el que compartía rango.

—¿Qué pasó con su comida?

—¡Silencio allá atrás! —ordenó el sargento Dinter desde adelante.

—¿Qué no ves que estamos en guerra, imbécil? —dijo Ritzen casi en un susurro.

—Tú no me hables así, gordo de mierda. Sé mejor que tú que estamos en guerra, tú eres el que no sabe nada, eres una desgracia para tu escuadrón.

—¡Cállate! —escupió Ritzen molesto, mientras sujetaba con fuerza la correa de *Wuppi* que estaba ansioso por perderse en el bosque. Pistol reía, inflando sus mejillas e imitando el marchar de Ritzen.

Pronto descubrieron un claro en medio del bosque. Dinter dio la señal de alto y tanteó el terreno con sus pies.

—¡Formen filas! —ordenó el sargento con voz pastosa y luego tragó saliva para componerse.

Müller ya lloraba en silencio junto con otros niños menores de su escuadrón.

—No usen sus recuerdos para tirar del gatillo, usen su convicción y su lealtad al *Führer* Adolf Hitler, y a nuestra madre patria. No somos nosotros quienes los estamos matando, es el enemigo

que nos bombardea, son los enemigos del Reich, piensen en los enemigos de la patria cuando estén por disparar —Dinter culminó su discurso y se dio la vuelta, tirando de la correa para apuntar a su mascota que olisqueó la pistola con curiosidad—. ¡Disparen!

El sargento gritó la orden pero no pudo hacerlo. Le temblaba el pulso y apretaba los dientes. Nadie se movía.

Ritzen sabía disparar un arma, le habían enseñado cómo hacerlo. La prueba era dura. Soltó la correa y *Wuppi* se mantuvo en silencio, observándolo quieto, esperando que su amo le diera de comer como solía hacerlo. Sujetó la pistola cargada con sus dos manos y apuntó al cráneo del animal que tenía las orejas paradas y ladeaba la cabeza.

Bräu lo miraba nervioso, todos lo observaban, incluso el sargento se volvió hacia él, los demás niños lo imitaron poco a poco. Tomaron las pistolas con ambas manos.

Ritzen dejó caer unas lágrimas en silencio mientras miraba a su perro, tenía la lengua fuera y la respiración agitada, los ojos amistosos esperaban recompensa por todo el tiempo que había esperado. El frío le hizo doler las manos por el contacto con la pistola de metal.

Nadie disparaba, el sargento Dinter volvió a fijar la vista en su mascota que lamía el cañón de la walther. Todos esperaban por el primer disparo de alguno del escuadrón para luego hacerlo ellos, pero el sargento no lo hacía. Nadie podía hacerlo.

Ritzen llenó de aire sus pulmones y disparó. Justo antes de hacerlo, movió un poco el arma y falló a propósito. El animal se asustó y saltó atrás, empezando a ladrar.

—¡Vete de aquí!

Pistol lo miró con odio y apuntó rápidamente a su mascota que empezaba a ladrar, le disparó en el cráneo. Cayó muerto al instante con un corto y agudo aullido.

Ritzen volvió a disparar al suelo, cerca de las patas de *Wuppi* y este se fue alejando, indeciso, pero cada vez con más miedo.

Dinter miró aquello con labios temblorosos el imitó la acción de Ritzen, disparaba repetidamente cerca de su perro para ahuyentarlo.

—¡Fuera! —gritó Dinter—. Fuera, *Stuka*, ¡vete!

Los demás niños emplearon el mismo método, Bräu, Müller y el resto descargaban el cañón sin herir a sus animales.

La noche se convirtió en una tormenta de balas, los estallidos y los gritos de los niños se fundían con los ladridos de sus perros que no comprendían a sus amos.

Los canes huyeron y se perdieron en la oscuridad del bosque, lejos, desaparecieron entre la neblina espesa de esa noche. La sección disparó todas sus balas, los chicos lanzaron piedras a los árboles y gritaron, procurando que todo su dolor se perdiera junto con los animales.

Cuando el silencio volvió a la noche, el sargento Dinter comprobó que los animales habían huido despavoridos. Pistol miraba con desprecio a Ritzen.

—Has desacatado una orden directa —arremetió Dinter contra Ritzen sin mirarlo—. ¡Hemos desacatado una orden directa del *Generaloberst*! Por nuestro bien espero que no reaparezcan.

Los niños miraron al sargento esperando una orden. Sus hombros estaban caídos y sus antebrazos dolían por el rebote de las pistolas.

—¡Cojan las palas!, vamos a cavar una fosa grande, ahí colocaremos al perro del *Oberrottenführer* Pistol —el sargento cogió la pala que colgaba de su espalda y fue el primero en picar la tierra—. *Oberrottenführer* Pistol, usted no cavará, puede descansar.

El muchacho se dio media vuelta con la boca apretada y se apoyó en un árbol cercano, los demás niños empezaron a perforar el suelo que se alargaba en medio del único claro del tupido bosque.

*

Unas horas más tarde, cuando empezaba a aclarar la madrugada, los niños ya habían excavado una cavidad de varios metros de largo para arrojar a un solo animal. Con desgano volvieron a verter la tierra en la fosa prácticamente vacía.

Marcharon de regreso al campamento, tambaleándose y sin decir palabra, todos con sueño y tristeza, anhelaban los catres de la barraca; el frío les había entumecido las extremidades y les hacía doler orejas y narices.

—Helmut, podías haberme dicho de qué se trataba —le reclamó Bräu.

—Lo siento, Peter. No sabía qué hacer. No quería inquietarlos a todos.

—Lo sé —dijo el chico poniendo una mano en su hombro. Ritzen se volvió hacia él, Bräu era un chico flaco y un poco más alto que él, pero tenía la cara más bonachona de toda la sección—. ¿Sabes?, estuvo bien lo que hiciste allá atrás.

Ritzen sonrió tristemente y cerró sus ojos cubiertos de ojeras.

—¡*Oberrottenführer* Ritzen! —llamó Müller acercándose—. Gracias, en nombre de todo mi escuadrón. Estamos agradecidos.

—Fue una insubordinación —alegó Ritzen con tristeza.

—Sí, pero fue lo correcto.

Otros niños también se aproximaron en algún momento de la marcha para agradecerle en voz baja.

La mañana ya se alzaba cuando vieron las puertas del campamento con sus guardias flanqueándolas. Ya los soldados estaban despiertos, pero el campamento parecía silencioso sin los ladridos de los perros. Un hombre, vestido con uniforme de oficial, salió al encuentro de los niños desde el edificio del Estado Mayor. Era el teniente coronel de las SS.

—Buenos días, *Scharführer*.

—*Oberstleutnant* —saludó Dinter juntando las botas y los niños de la División Canina tras él lo imitaron.

—Entonces, ¿ya está hecho?

—Sí, Señor —mintió Dinter rápidamente—, y hemos cavado una fosa como nos fue ordenado.

—Muy bien —respondió el hombre con una sonrisa que mostraba todos sus dientes.

Dinter permaneció esperando que el teniente coronel le diera permiso de volver a sus barracas.

—Yo no escuché ningún disparo anoche, *Scharführer*.

—Fuimos muy lejos para no despertar a las tropas, tal y como nos indicó el *Generaloberst*.

—¿Puedo ver su *walther*? —inquirió el oficial esperando ver las balas en las pistolas.

El sargento entregó sin dudar el arma al hombre de las SS, este sacó rápidamente el cargador y vio que estaba vacío.

—¡Muéstrenme sus cargadores! —gritó el teniente coronel con una repentina furia.

Los niños mostraron los cargadores vacíos, el hombre pareció enfurecerse ante aquello. Afortunadamente, no se percató del cargador del cabo Pistol que aún conservaba todas las balas, menos una.

—¡Han gastado todas las balas! —gruñó el teniente coronel apretando los labios contra los dientes.

—Sí, *Oberstleutnant* —Dinter decidió jugarlas todas—. Nos han ordenado matar a nuestras mascotas y nos aseguramos de ello.

—¿Ah sí?

—Somos hombres ahora, ¡somos las *Hitlerjugend*! —dijo con brío, casi retador.

Los chicos respondieron al unísono un fuerte «Heil Hitler» apoyando al líder de su división.

—Me complace saberlo, porque justo ahora acaban de discutir el *Generaloberst* y su líder, Artur Axmann, que hombres tan valerosos como ustedes deben ir al Frente de Heinrich a ayudar a defender la Alta Silesia del enemigo soviético —los niños no podían haber caído más en el desánimo tras escuchar aquello, el teniente coronel sonrió y empezó a alejarse—. Partirán hoy a las catorce horas, le sugiero que lleve a su sección a las barracas y les de unas horas de descanso antes de ir al este, *Scharführer*.

Ritzen no lo creía, su boca estaba a medio abrir, Dinter empezó a caminar en silencio hacia su barraca. El teniente coronel se despidió con una mano en alto y gritó hacia ellos.

—¡Sí, los bolcheviques temblarán cuando lleguen al frente!

